

PANEGÍRICO
DE DOLORES.



*Stabat juxta Crucem Jesu
Mater ejus.*

Joan., cap. 19, v. 25.

*Estaba de pié junto á la
Cruz de Jesus, su Madre.*

San Juan, cap. 19, v. 25.

TRES años de esterilidad, amados míos en Jesucristo, afligian al pueblo de Israel. El hambre habia penetrado ya hasta en los dorados palacios de la grandeza. La cólera del Señor, justamente irritado por los pecados de Saul, exigia un grande sacrificio, y los príncipes de Gabaon han pedido la muerte de todos los descendientes de aquel rey injusto. David, inspirado del cielo, accede á su peticion y, salvando sólo al descendiente de Jonatás, en obsequio á su antiguo juramento de amor y fidelidad, les entrega los hijos de Micol y de Resfa, que fueron crucificados

en sacrificio expiatorio para aplacar la cólera del Señor. Mas esta desconsolada madre corre al lugar del sacrificio y, cubierta su cabeza de polvo y ceniza, y revestida de un áspero cilicio, extiende sus vestiduras de luto sobre una piedra; presencia inmóvil aquella horrible escena, y recogiendo los últimos suspiros de sus amados hijos, permanece allí hasta que las aguas rociaron sus cadáveres. Hé aquí una madre tierna, poseida del amor más excesivo, y una mujer heroica, que sacrifica su amor materno á la salud de su pueblo.

Y ¡qué bien se nos describe en este pasaje del libro segundo de los Reyes el objeto que nos congrega hoy en este sitio santo! Cuarenta siglos de esterilidad, de hambre y de horror aquejaban la misera posteridad de Adán. El brazo del Señor pesaba sobre ella con todo el rigor de su justicia eterna. Un Hombre-Dios habia de ser sacrificado por la salud de todos, segun los antiguos vaticinios: éste era el Hijo de María, y fué crucificado delante del Señor. Y esa tierna Madre, posponiendo tambien su amor materno al bien de su pueblo, presencia el patíbulo horrible del Calvario, y allí espera inmóvil hasta que el rocío divino descienda de la Cruz para regar la raza proscripta. Exacta semejanza, señores; no parece sino que el evangelista, al decirnos que María estaba de pie junto á la Cruz de Jesus, *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*, se propuso parodiar el pasaje citado del libro de los Reyes. ¡Ah, vasto y fecundo

campo de profundas, sublimes reflexiones!... La imaginacion del hombre se debilita; los esfuerzos humanos se hacen impotentes; los recursos de la ciencia se agotan; empero el rico tesoro del Calvario no se agota jamás.

La Iglesia nuestra Madre nos recuerda hoy esta triste escena. En el año anterior, que tuve el honor de dirigiros mi débil voz por la vez primera, me ocupé sólo de ella, dirigiéndome principalmente á ponderar el dolor de la Santísima Virgen, proporcionado á la grandeza de su amor. Hoy quiero más, mis amados. Entonces tratamos acaso esta sublime materia de un modo demasiadamente humano, lo que puede hacerle perder mucho de su dignidad. La pintura material de una Madre que vé espirar á su Hijo amado en los tormentos más horribles, nos inclina á la compasion y nos hace derramar lágrimas, considerándola como una mujer desgraciada; pero esto mismo podrá distraernos del espectáculo imponente, sobrenatural y divino que ofrece una mujer asociada al grande misterio de nuestra Redencion. De este modo, lejos de excitar en nosotros sentimientos de gratitud, se nos hace incomprendible cómo la Santísima Virgen nos engendró verdaderamente en el Calvario; cómo su maternidad, con respecto á nosotros, está fundada en un título real. Por tanto, intento este día haceros ver que su sacrificio es enteramente voluntario; que es crucificada, y muere en su Hijo y con su Hijo, segun la expresion

de mi P. San Bernardo, pero con la dignidad propia de la Madre de un Dios. Ved, pues, la division y el orden de mis ideas.

María, nuestra tierna Madre, está de pié, inmóvil junto á la Cruz de Jesus: *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*; así nos lo dice el evangelista. Y así debió ser, porque ella era la Madre de aquel Dios, víctima de expiacion por nuestros pecados, asociada á su sacrificio.—AVE MARÍA.

*Stabat juxta Crucem Jesu
Mater ejus.*

Joan., cap. 19, v. 25.

*Estaba de pié junto á la
Cruz de Jesus, su Madre.*

San Juan, cap. 19, v. 25.

Decia, señores, que aun cuando el evangelista nada nos dijera, al saber nosotros que Eva se encontraba al pié del árbol con Adan, y que habia participado de su desobediencia, nos hubiera sido preciso deducir que María se hallaba tambien al pié de la Cruz de Jesus, para participar de sus humillaciones y de sus tormentos. Porque si Jesucristo debió colocarse en lugar de Adan, pecador, María debió colocarse en lugar de Eva, pecadora, asociándose con Jesus á la obra de la Redencion, como aquellos se asociaron

para el crimen, y dando á luz con Jesus un pueblo de santos, como aquellos habian sido padres de un pueblo de pecadores.

Por eso, señores, la admirable correspondencia que existe entre el Paraiso y el Calvario, el uno que anuncia y figura, el otro que ejecuta. En el primero se representan misterios de iniquidad y de muerte; en el segundo se cumplen misterios de santidad, de misericordia y de vida. «Una Cruz se eleva en el Calvario, porque otro árbol se elevó en el Paraiso, y el mal se convirtió en remedio de sí mismo,» dice San Máximo: *In ligno crucifigitur, ut materia que causa mortis fuerat, esset remedium sanitatis*. Adan extendió su mano en el Paraiso sobre el fruto vedado; Jesucristo, en el Calvario, extiende las suyas sobre la Cruz para expiar aquel pecado. El demonio asoció á Eva á la prevaricacion del viejo Adan; la sabiduría divina asoció á María á la expiacion que debia verificar el nuevo Adan, «para que los dos sexos, dice el P. San Agustin, concurriesen á la reparacion, ya que habian concurrido á su ruina.» *Congruum fuit ut adesset nostræ reparationis sexus uterque, quorum corruptioni neuter defuisset*. Eva, pues, al pié del árbol de la muerte, exige que María se encuentre al pié del árbol de la vida; exige que vea con sus propios ojos el sacrificio de Jesus. ¡Admirable economía de nuestra religion santa: en ella se unen y combinan los extremos más distantes!...

Muchos años antes de su realizacion habia anunciado Malaquías aquel sacrificio agradable á Dios, más perfecto que los de Judá y Jerusalem, que habia de consumarse en el Calvario. *Et placebit Domino sacrificium Judá et Jerusalem, sicut dies sæculi.* Misteriosa y sublime alianza que tiene por garantía la bondad de Dios, y cuyas condiciones son la muerte de Jesus y de María, y cuyo fruto es la salvacion del hombre. Todo es grande en esta ofrenda: la misericordia del Padre llevada hasta el extremo de entregar á su Hijo para dar la vida á sus enemigos; la dignidad de la víctima capaz de agradar á Dios; la generosidad y heroismo de una Madre sacrificando á su Hijo por la salud de otros. ¡Preciosa fecundidad de los misterios del Calvario, señores! Cuanto más se profundiza en ellos, tanto más se descubre un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos. Continúadme vuestra atencion, y volvamos á levantar el velo que nos oculta tan augustas verdades.

Nada importa que María sea una Madre tierna; esto mismo aumenta la necesidad de que asista al sacrificio de Jesus, porque esto mismo aumenta la gravedad de su dolor y la dignidad de sus sufrimientos. Es verdad que no es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de su hijo á quien no puede dar ningun socorro. Esta práctica general se funda en la naturaleza misma... El amor que, segun el angélico doctor Santo Tomás, trasforma los corazones,

haciendo de dos uno, es más fuerte, más enérgico en una madre. No necesita experimentar los males del hijo para sufrir toda la pena; le es bastante conocerlos para ser más atormentada que si ella fuera la víctima y padecer más que el mismo hijo. Por eso Dios, queriendo como respetar este sentimiento natural, lo extiende hasta los animales, prohibiendo que fueran sacrificados los hijos delante de sus padres, para no hacer á estos morir dos veces. Mas esta ley general, cuando se trata de una madre comun, no tiene aplicacion á la Santísima Virgen. En el Calvario todo debe ser grande y misterioso, y digno de la víctima que allí se sacrifica. María representa allí la persona de Eva pecadora, y ha tomado sobre sí toda su responsabilidad. Es verdad que es una madre, pero Madre del representante de Adán prevaricador, asociada á su sacrificio. Debió, pues, hallarse presente á la muerte de Jesus, y ver con sus mismos ojos, y tocar con sus mismas manos el sublime del dolor y del horror, para reparar con Jesus el crimen del Paraiso, y debió sufrir con heroismo para que fuera reconocida la divinidad del Hijo en la conducta de la Madre.

Pues este deber y este amor le conducen al lugar del sacrificio. Ved allí todo un pueblo dominado de un espíritu de furor que se apodera del Justo. Sus discípulos, que habia alimentado con su pan y colmado de beneficios, todos le abandonan; uno le ha vendido. Hombres, mujeres, niños, magistrados, an-

cianos con el cabello blanco, todos han acudido, y forman tumultuaria comitiva, y de entre aquella multitud horrible, agitada como un borrascoso mar, salen incesantemente gritos de muerte. Pues en medio de todos ellos ha subido esa triste Madre, detrás del Hijo amado y siguiendo las huellas de su sangre. Allí contempla el destrozo inhumano que han hecho los verdugos en el amado de sus entrañas. Su frente está pálida... su mirada abatida... sus labios cárdenos... sus megillas cubiertas de saliva y de lodo, surcadas de heridas... su cabeza rodeada de agudas espinas, cuyas puntas penetran al través de su frente divina sobre sus ojos, y la sangre que ha salido á su impulso cuajada en el augusto rostro. «¡Ah! exclama el abad Ruperto; ¡la imagen de Jesus, coronado de espinas, no se apartó jamás de la vista de María; aquellas terribles puas taladraron su corazón amante desde el momento en que le fué anunciada por Simeon toda la crueldad de la muerte del Salvador!

Empero se acercan los momentos en que la hostia del Calvario había de ser colocada sobre el altar. Los judíos empujan y arrastran á Jesus, y lo extienden sobre el madero que ha de ser el potro del martirio. ¡Y su tierna Madre oye con sus mismos oídos el golpe terrible de los martillos, y el crujido de los huesos que se dislocan... y vé con sus mismos ojos los ensangrentados vestidos arrojados con desprecio á sus piés... y los duros clavos que se abren paso al través de los músculos y los nervios rotos... y la

sangre que sale á torrentes brotando de todo su cuerpo... y vé al fin cumplirse aquella profecía que anunciaba del Salvador que sería hollado y prensado como la uva en el lagar! *¡Attritus est propter scelera nostra!* «Esta vista, dice el P. San Jerónimo, obró en María lo que los judíos en la persona de Jesus, pues todos los golpes del martillo, todas las heridas, todos los clavos, repite y reproduce el amor en el alma de la Madre.» «No hay más diferencia entre Jesus y María, añade San Bernardo, sino que las heridas del primero están diseminadas por todo su cuerpo sacrosanto, y en María el amor de Madre las ha reconcentrado todas en su corazón.»

Vedla al pié de la Cruz, inmóvil como la roca en medio de las aguas, combatida de furiosas olas. Jamás se dominó tanto á sí misma; jamás pareció tan magnánima; «los espectadores están conmovidos, dice San Bernardo; las hijas de Jerusalem lloran inconsolables; sólo María no llora, y sólo ella padec con calma, con resignación, con dignidad. Bien diferente de Jacob, de Agar y de David, no deja ver su rostro siquiera un movimiento, una señal desagradada; no hace la más pequeña reconvención á la ingrata sinagoga; no se queja de la injusticia de los magistrados, de la bárbara crueldad de los verdugos; no intenta lo que á otra madre le hubiera sido involuntario, precipitarse por medio de las turbas hasta su hijo amado, y estrecharlo contra su pecho llena de ternura. Por el contrario, reconcentra todo

su dolor, sufre y devora su amargura en lo más hondo del corazón, y dominando sus afectos y su naturaleza, acompaña en silencio á su amado hasta que exhala el último suspiro. «¡Oh, gloria y honor del sexo débil, exclama San Anselmo, ínterin los hombres huyen vergonzosamente, esta mujer fuerte, á pesar de ser Madre, permanece inmóvil junto á la Cruz! ¡Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia, ínterin su corazón está saturado de amargura! ¡Su alma está inundada de dolor, y sus ojos están enjutos! ¡Maravillosa fortaleza, digna de la Madre de un Dios!»

Entretanto la palidez y el caimiento se dejan ver sobre el rostro del Redentor. La muerte, el golpe decisivo de la muerte, se presenta con todo su funesto aparato. El cielo y la tierra parece que conspiran á una para amargar los últimos momentos de Jesús... y María, que se halla presente, todo lo vé, y es una Madre tierna, y sin embargo dice: «¡Que mi Hijo Jesús permanezca enclavado en la Cruz, y que allí exhale el último suspiro, con tal que el hombre se salve!...»

El infierno despliega contra el Salvador crucificado todo su furor; los escribas y fariseos, los judíos y los romanos, dominados de un furor infernal, se complacen en aquella cruel escena, y en los arrebatos de su odio ciego y de su gozo feroz, prorumpen en horribles blasfemias, despechados de que la mansedumbre de Jesús exceda á su barbarie... y María,

que está allí presente, oye estos ultrajes é insultos sacrílegos, y al través de ellos repite: ¡que mi Hijo Jesús muera, con tal que el hombre no perezca!

Al través de la pálida luz que reflejan los astros medio apagados, se deja ver el Salvador casi exánime, desfigurado y cubierto de negra sangre, y María, que allí se encuentra, lo vé, y oye el lánguido sonido de su voz moribunda, y los tristes gemidos y hondos suspiros de su humanidad desolada, que se dirigen al cielo pidiendo un consuelo, y le vé al fin morir en los tormentos más horribles, y entretanto exclama: «¡que muera mi Hijo Jesús abandonado de Dios y de los hombres, con tal que estos no perezcan!...» ¡Oh amor sin límites de María hácia el hombre! ¡Él excede al amor natural, á la sensibilidad, á la condicion de una mujer y de una madre carnal! La generosidad de sus sacrificios, bien nos prueba que es nuestra verdadera Madre, y que nos ama sobre toda ponderacion. A María pueden aplicarse aquellas palabras que dijo San Juan con otro objeto: «tanto amó á los hombres, que dió por ellos á su mismo Hijo:» *sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*. Y con más propiedad aun aquellas otras que el mismo Dios dijo á Abraham: «porque no has perdonado á tu hijo primogénito por mí, yo te constituiré padre de un gran pueblo:» *quia non perpecesti filio tuo unigenito propter me benedicam te, et multiplicabo semem tuum sicut stellas cæli*.

Hé aquí, mis amados, probado ya, si no con la

solidez que la materia exige, siquiera del modo que me ha sido posible, por qué la Santísima Virgen estaba de pie inmóvil junto á la Cruz de su amado, segun nos la representa hoy el evangelista: *stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*. Era Madre de aquel Dios-Hombre, asociada á su sacrificio y participe de sus tormentos, y debió asociarse al sacrificio de Jesus, porque representando este al viejo Adan pecador, Maria debia representar á Eva pecadora. De aquí la dignidad y fortaleza sobrehumanas con que desempeñó su cometido. Era tambien Madre de los hombres, cuyo misterioso destino, fundado en una necesidad del órden espiritual, bosquejado en el Paraiso desde los primeros dias del mundo y anunciado por los profetas, debia tener su perfecto cumplimiento en el Calvario. De aquí la generosidad de sus sufrimientos. Debemos, pues, repetir, que Maria estaba, y no podia menos de estar, junto á la Cruz de Jesus: *stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*.

Sólo resta, amados mios, que, deduciendo de estos sublimes misterios las verdades que de ellos por sí mismos se desprenden, no se borren jamás de nuestra memoria. Maria, Madre de Dios, nos representa toda la economía de nuestra religion santa, en la que tanta parte tuvo su heroica cooperacion al misterio de salud, y excita en nosotros sentimientos de admiracion y de veneracion. Maria, Madre de los hombres, nos representa todo su amor, toda su caridad hácia el género humano, y excita en nosotros

sentimientos de amor y de gratitud. Vosotros, mis amados, que os gloriais de llamaros hijos de Maria de los Dolores, hé aquí los títulos en que se funda su maternidad. No es un nombre inventado por la piedad de nuestros abuelos; no es un nombre de respeto y veneracion, no; es un título fundado en la adopcion real que sobre nosotros ejerce; una adopcion tan real y verdadera como la de Dios para con nosotros. Jesucristo es nuestro Padre, porque nos redimió; Maria es nuestra Madre, porque se asoció á su sacrificio; Maria es nuestra Madre, porque nos dió á luz en el Calvario á costa de imponderables dolores.

Correspondamos, pues, amados mios, al cariño de esta heroica Madre, asociándonos á su dolor como ella se asoció al dolor infinito de su Hijo, practicando sus virtudes, la doctrina que nos enseña la Iglesia, y no dudemos que, siendo verdaderos hijos suyos, derramará sobre nosotros sus gracias en esta vida, y nos colmará de gloria en la eterna.—AMEN.